El genio alegre

He visto representar en el teatro Español la comedia de los hermanos Alvarez Quintero que se titula *El genio alegre*. Es una comedia *intencionada*, como casi todas las de esos autores, pero más lírica que otras: verbigracia, que la profundamente humana, piadosa, educativa, de *El niño prodigio*. Me explico la vivísima simpatía que la tesis de *El genio alegre* ha despertado en el público madrileño; porque si la vida real, la vida diaria, es hoy, poco más ó menos, como siempre fué (y aun quizá pueda estimarse como más penetrada de optimismo, de alegría, de plenitud que en otras épocas), las manifestaciones literarias de las nuevas generaciones, y las seudorreligiosas de la mojigatera novísima, tienen una nota tan uniformemente triste, gris y apocada, que con dificultad se sustrae á ella el ánimo, aun de los que substancialmente son alegres y, abandonados á la libre impulsión de su genio, no caerían jamás en la tristeza.

Es cosa curiosísima, en verdad, la fuerza de sugestión que tienen las *ideas* dominantes sobre el carácter de la mayoría de los hombres, cuya personalidad no es bastante enérgica para contra-

rrestar el medio. Cuando Goethe publicó el *Werther*—expresión de un sentimentalismo que estaba en el ambiente, y que el gran poeta no hizo más que encarnar para abandonarlo en seguida—, ¡cuántos jóvenes que no eran ni poco ni mucho wertherianos en el fondo de su espíritu, vinieron á serlo hasta la última consecuencia del suicidio, por la sola presión de la obra artística, que se sobrepuso y ahogó lo que en ellos era natural y propio! La sustitución de la individualidad nativa por la que el medio sugiere ó impone, es uno de tantos errores psicológicos como en la vida ocurren, y por los cuales se explican ciertos movimientos colectivos de aparente fuerza, que luego se disuelven (pasado el encanto) en infinidad de aparentes apostasías, que en rigor no son sino la vuelta á lo que se lleva en lo íntimo del alma. Por eso es conveniente que del mismo orden de factores que producen la sugestión, salga la voz que ha de destruirla, y á veces que sustituirla por otra contraria.

Cierto es—á lo menos yo lo tengo por tal—que el ser alegre ó triste depende, como tantas otras cosas del carácter, más de las cualidades nativas que de las adquiridas por la educación; pero esto no niega la fuerza temporal que logran de vez en cuando las ideas ajenas. Recuérdese cómo Demetrio Rudín alegaba con perfecta razón, para explicar su pesimismo y su indolencia, el efecto persistente de las doctrinas deterministas sobre el espíritu de la juventud de su tiempo. Devolver la libertad á las tendencias ingénitas, es así una de las grandes obras que los educadores directos ó indirectos pueden realizar en el mundo; y yo pienso que, ingénitamente, todo hombre sano, normal, es alegre de suyo, á lo menos en la forma

en que lo son los dos primitos de la comedia á que hago referencia; forma muy análoga—si algo menos *serena*, tan lírica y efusiva—á la de sir John Lubboch en su famoso libro de *La alegría del vivir*.

La de la comedia, brota de dos fuentes inextinguibles de animación y contento: la Naturaleza y el Amor, que tal vez son, en el fondo sentimental de nuestro espíritu, una misma cosa. Aquel arrebato que siente la primita andaluza en lo alto de la torre, á la vista del campo soleado y del cielo intensamente azul, brillantes uno y otro de luz y de color, y que se traduce en el loco deseo de hacer sonar las campanas para que la voz de éstas se extienda por los aires y llegue hasta remover las fibras más íntimas de los que trabajan encorvados en los surcos de la tierra, pensando tan sólo quizá en lo penoso de la vida, es sin duda una de las manifestaciones de alegría que más eco despiertan en todos los corazones; pero no es la única, y tal vez no es la más honda y consoladora.

En todos los corazones he dicho. Y no sólo en los jóvenes, porque el ser alegre no es patrimonio exclusivo de la juventud. La exageración ideal de las diferencias que separan las edades del hombre, nos ha llevado á formar una imagen equivocada de lo que representan en la vida del espíritu la madurez y la declinación de la ancianidad. El sentido tristón, ascético que (derivado de una de las direcciones del cristianismo) ha difundido por todas partes la poesía lírica de varios siglos, desde los medioevales, considerando que la juventud es la época de las locuras y la vejez la del recogimiento, la del retiro, la del abandono del mundo para no pensar sino en el tremendo problema de

la salvación del alma que extingue toda sonrisa con la única preocupación de las llamadas «cosas serias» (como si lo serio equivaliese á lo triste), ha reforzado considerablemente el error á que hago referencia. Pero es un error y nada más. La alegría del vivir es de todos tiempos; se da en la niñez como en los años juveniles, en los adultos y en los de la vejez, cuando factores de dolor que en todo momento pueden sobrevenir, no perturban la inclinación natural. Se da, no obstante, en cada período, de una manera propia, diferente, que dimana del distinto modo de apreciar el espectáculo del mundo. La diferencia no corresponde ni á la intensidad ni á la amplitud del sentimiento, sino al tono, al arranque, á la «fuga», es decir, más á caracteres exteriores que interiores de la alegría. Más serena, más íntima, más consciente de sí misma y de sus motivos, no llena menos el alma en las edades de granación que en las de puro florecimiento; en éstas suele ella mandar, como manda la palabra en los que no son oradores, arrastrándolos á decir más de lo que quisieran, y aun cosas que, en el fondo, no sienten; en aquéllas, la alegría es regustada y saboreada por un espíritu que la dirige, la enfrena y la hace recaer sobre las cosas que realmente la merecen.

Y con eso, toma una dirección que es, á mi ver, la esencial en el ánimo alegre, por ser la más profunda y la que mejor penetra todas las manifestaciones de la vida.

Ser alegre no es sólo reir; es, sobre todo, estar contento; y el contentamiento supone una flexibilidad serena ante las contrariedades de la vida que no se perturba por ellas, sino que las recibe como cosas naturales que no alteran fundamentalmente el ritmo normal del espíritu. Hay mu-

chos caracteres que calificamos de alegres, que estallan á menudo en explosiones de fiesta y de carcajadas, pero á los que trastorna y deprime, trayéndoles la tristeza y las lágrimas, el menor tropiezo en la satisfacción de los gustos. Tanto más suelen ser así, cuanto mayores y más ruidosas son las manifestaciones externas de su alegría. El fondo de esos caracteres es la desigualdad, y en ello muestran no ser esencialmente alegres. El que lo es de veras, reobra con rapidez, domina las contrariedades y sostiene la serenidad de la vida, que reposa en una íntima, profunda conformidad con todos los accidentes de ella. El vulgo llama á estos hombres «risueños», y la calificación es perfectamente justa. Así hay que ser, y á eso debíamos aspirar todos, considerando como la suprema felicidad de la vida un estado en que nos convertimos en verdaderos directores de ella, en vez de sentirnos llevados, con vaivenes bruscos, ya á las cimas de la risa desbordante y desordenada, ya á las honduras de la depresión amarga y desolante. La juventud suele ser de este último modo; por eso en ella prende con tanta facilidad el sentimentalismo que, con apariencias de penetrar ciertos rincones de poesía, en rigor seca las fuentes de la alegría más sana.

Pero tampoco está vedado á los jóvenes ser alegres del otro modo. Los Quintero han pintado en su comedia dos genios que quizá son así (principalmente el de ella, el de la mujer), pero que en la acción muestran, sobre todo, el lado tumultuoso y *juvenil* de la alegría. Es probable que en el teatro no sea viable otra manifestación, en forma que «llegue» al público y le despierte el estado de ánimo que los autores desean provocar. El instinto artístico de éstos es, en tales cosas, guía

más seguro, las más de las veces, que la perspicacia algo abstracta que la crítica suele tener. Pero así y todo, las ideas y los sentimientos que la comedia sugiere, colocan al espíritu en situación de sacar todas las consecuencias que del cuadro escénico se derivan. Cada cual le sacará el jugo que pueda sacarle, en relación con la substancia que él propio, como espectador, lleve en sí mismo. El efecto general es siempre animador. Dirige hacia los aspectos risueños de la vida; hacia el goce de lo hermoso y bueno que ésta tiene; hacia la consideración del deber, que todos tenemos, de aprovechar lo que ella nos ofrece de alegre y amable. Y en lo que propiamente se llama educación, yo no conozco otro aspecto más alto y humano que éste.

A diario pienso en él cuando mi profesión me pone en contacto con las masas que languidecen, no sólo de miseria económica y de ignorancia, sino también, y en mucho, de tristeza, que la lucha del vivir les acentúa y las predicaciones doctrinales (necesarias por de contado) les agravan á cada momento. Llevarles algo de alegría; enseñarles las fuentes de ella, asequibles aun á los más humildes; arrancarlas al pesimismo en que sus dolores y quebrantos tienden á arrojarles; templar así su corazón para la lucha misma en que están empeñadas, me parece ser el fin último á que deben aspirar los que ponen al servicio de la redención de todos el arma de la enseñanza y de la dirección intelectual. El profundo sentido educador de los *settlements* ingleses con que se inició la llamada Extensión universitaria, está en eso; y por ello se les vió comenzar su empresa acudiendo al Arte, que es uno de los grandes despertadores de la alegría del espíritu,

por lo que en sí representa y por lo que prepara á la contemplación de la Naturaleza y de la vida toda.

El genio alegre será un instrumento fuertemente sugestivo en esa labor. Agradezcamos á sus autores el regalo de ese nuevo auxilio en la tarea de iluminar el alma humana, y de barrer de ella la tristeza deprimente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Lecturas y relecturas

Cada día hay menos gente que relee. Es tan activa la producción literaria de todas clases, desde la novelesca y poética á la de más alto alcance filosófico, que falta tiempo para hojear siquiera lo mucho que en esa balumba de papel impreso puede interesar á una inteligencia medianamente curiosa. Cierto es que el afán por las *especialidades*—que en lógica reacción contra el enciclopedismo á la violeta, domina hoy á muchos hombres, aunque no todos saben lo que piden—trabaja en el sentido de reducir las lecturas, suprimiendo las que no sirven directamente para la profesión; pero además de que así se mutila la personalidad intelectual, consiguiendo cerebros que son *más* matemáticos, *más* físicos, *más* zoólogos, etc., á cambio de ser *menos humanos,* el remedio ataca un mal supuesto, ya que, lejos de estar reñida la especialidad con el enciclopedismo, aquélla se nutre de éste y es tanto más profunda y fructífera cuanto más extensa y seria es la cultura general.

En las *Cartas de un estudiante,* escritas desde Berlín, y que publica en su último número el *Bo-*

letín de la Institución libre de enseñanza, leo el siguiente párrafo, relativo al profesor Kohler: «Kohler es el polo opuesto de Gierke. En vez de concentrar su actividad, la disemina. Aparte de la que dedica á hacer versos y estudiar literatura (el Dante y Shakespeare) (1), trabaja en todas las ramas del Derecho.» Y efectivamente, Kohler, á pesar de esa diseminación, que haría estremecer á no pocos de nuestros flamantes *especialistas*, es hoy uno de los más ilustres y originales cultivadores del Derecho comparado (histórico) y de la Filosofía del Derecho. Si á este nombre quisiéramos unir otros, en la lista figurarían las inteligencias más fecundas y vigorosas de todas las edades. Aquí mismo en España, los trabajadores más ilustres, los que se han distinguido verdaderamente en ciertas especialidades, son todos ellos de un saber amplio, que abraza, con más ó menos intensidad, casi todas las ramas de cultura. Supongamos, no obstante, que venza en las futuras orientaciones pedagógicas el sentido limitativo y que cada cual se encierre en un campo estrecho —cuanto más *estrecho*, más *especial*, por de contado—de estudios; faltaría averiguar si toda esa estrechez producía el efecto de la rumiación y repetición de las lecturas antiguas, que alguna vez han removido el espíritu. Porque una de las causas principales de que sea hoy tan rara esa virtud de releer, estriba en la fiebre intelectual, en la inquietud de las almas, que difícilmente se sustraen á la solicitación del último libro, de la última doctrina, y se ven arrastradas por la impaciencia de cortar las páginas en que se guarda el

(1) Ha escrito también sobre asuntos españoles y ha emprendido una traducción alemana del *Quijote*.

misterio de lo nuevo y por el temor de quedar retrasadas en el continuo oleaje de las ideas. De vez en cuando, en las conversaciones, surgen los nombres viejos, se evocan las memorias de impresiones cada vez más descoloridas, y se lanza un suspiro de añoranza, diciendo cada cual para sus adentros: «¡Quién pudiera volver á leer aquellos libros que en la juventud me emocionaron y me descorrieron el velo del mundo! Gracias á ellos, soy lo que soy, comprendo ahora muchas cosas que no hubiera comprendido de otro modo, y por lo que sembraron en mí, las cosas me hablan un lenguaje que para otros es enigmático. Su savia aun me alimenta; pero ¡cuánto más no fructificaría en mí si pudiese renovarla con nuevos injertos del árbol de donde procede!» Y vuelve cada cual á su gabinete de trabajo con la mente poblada de dulces recuerdos y el deseo de desempolvar el viejo libro que años hace reposa en la biblioteca; y sobre la mesa de estudio, el periódico del día, la revista del mes, el volumen aun fresco que remite el editor ó el colega, tuercen otra vez las intenciones y absorben las horas que hubieseis querido dedicar á lecturas retrospectivas.

Hay, sin embargo, una fuerza que consigue vencer esa solicitación de lo nuevo: una fuerza que se llama la Muerte. De tiempo en tiempo, á veces con terrible frecuencia, nos quita un amigo, un maestro, un encantador de nuestro espíritu, y nos vuelve atrás, guiando nuestra mano hacia las páginas donde vive la inteligencia del que la Intrusa se ha llevado. Y entonces, por un día, por unas horas, volvemos á leer, y las impresiones obscurecidas se refuerzan y recobran el primer término en nuestra inteligencia.

Tal acaba de pasar ahora con la obra entera del

amable poeta santanderino, del autor de *Sotileza* y *Peñas arriba*. La otra tarde, reciente la noticia de haberse roto para siempre aquella admirable pluma de narrador y paisajista, rendíamos á Pereda, en nuestra Universidad, el mejor tributo que puede rendirse á un escritor, dedicando una de las reuniones íntimas en que trabajamos juntos algunos profesores y algunos estudiantes, á releer páginas del maestro que ya no volverá á escribir más *Escenas montañesas*. Agrupados alrededor de la mesa de trabajo, escuchábamos en silencio, que pocas veces podrá calificarse mejor de religioso, la voz del lector que por turno voluntario iba repitiendo trozos escogidos del que, para algunos de nosotros, era ya un recuerdo de juventud. En aquel ambiente intelectual, se dibujaron otra vez, vívidas, las figuras de la *tierruca* que el realismo de Pereda hizo inmortales, y se desplegaron ante nuestros ojos las líneas majestuosas, de una belleza imponente, de las montañas santanderinas, las manchas risueñas ó severas de los valles y hondonadas que recorre aquel madrileño de *Peñas arriba*, para quien cada paso es una sorpresa henchida de profundas emociones.

A Pereda se le tiene ordinariamente por un costumbrista, y claro que lo es. La montaña tradicional, los tipos clásicos de la tierruca, el Santander viejo que, como la Murcia que retrató Puente y Brañas, se fué ó se está yendo á toda prisa, allí quedan, en la obra del narrador de Polanco, en forma tal que no sólo han de servir siempre de regocijo y deleite á los espíritus capaces de sentir la poesía, sino de testimonios fidelísimos, para el futuro historiador de nuestras costumbres populares, de la honda transformación que ha hecho sufrir el siglo XIX á la fisonomía íntima de

nuestros pueblos. Pero además, Pereda es un paisajista de primer orden; unas veces, á la manera de Cervantes, sobria y como incidental, pero suficiente para que el lector se imagine el cuadro y lo reconstruya con todo su carácter; otras veces, á la manera amplia de los escritores modernos, que se complacen en detallar y que conceden al escenario de la vida humana todo el valor que tiene, ya como determinante, ya como elemento de pura y substantiva belleza, que no necesita, para ser admirable, de la incorporación de la figura humana. Yo soy de los que creen, con Menéndez y Pelayo, que en esta dirección de su arte—en que Pereda merece el calificativo de *naturalista*, dándole á la palabra otro significado del que tuvo con Zola y los suyos—el novelista santanderino ha tocado en los límites más altos de la creación literaria. Y ya que he citado á Menéndez y Pelayo, mencionaré una cosa que muchas gentes desconocen. Por una porción de causas, perfectamente explicables, el autor de la *Historia de las ideas estéticas* ha empleado rara vez sus condiciones de crítico en el examen de libros contemporáneos. Una de esas veces la motivó Pereda, no en el estudio de conjunto que es frecuente citar, y que por eso mismo sería pedante recordar aquí, sino en un breve artículo sobre *Peñas arriba*, que duerme medio escondido en las páginas del primer número de la *Revista crítica de historia y literatura españolas*. Vale la pena exhumar algunos párrafos de esa crítica, que para la mayoría será una novedad.

«Hay en este libro—dice—una inspiración solemne y cuasi religiosa que transfigura la contemplación de la Naturaleza y se desborda en verdaderos himnos... Como paisajista, nunca ha rayado

(Pereda) á mayor altura que en las descripciones de los puertos altos de la cordillera cantábrica, que llenan en gran parte este libro, el cual, á la vez que como novela, puede considerarse como un relato de viajes semejante á los de Töppfer por Suiza, ó al de Taine por los Pirineos, pero con una grandeza que no tiene el primero y con una sinceridad de emoción que á veces se echa de menos en el segundo.»

Esa sinceridad de emoción la sentíamos todos la otra tarde, al releer aquel hermoso capítulo primero de la novela indicada, en que el protagonista atraviesa los altos puertos para ir á encerrarse en el valle donde esconde su vivir patriarcal el que ha de reconciliarle con la Naturaleza y disociarle de la vida cortesana. Y sentíamos la emoción, no como reflejada, sino como nacida en nosotros originalmente, ante la visión, que nos parecia real, de aquellos paisajes que el lector cree haber contemplado por sí mismo, en un viaje ideal que tiene todo el vigor plástico de esos sueños en que se vuelven á ver lugares y cosas nunca vistas con los ojos de la cara, pero que se muestran ante los del espíritu con una objetividad acabada y sorprendente.

Y á la vez que así sentíamos todos, para algunos *Peñas arriba* se transformaba en un símbolo tanto más vigoroso y convincente cuanto que el autor no se lo propuso al escribir, sino que, llevándolo en lo más hondo del espíritu, se le hubo de transparentar en cada párrafo: el símbolo de uno de los aspectos más interesantes de nuestra psicología actual, del cansancio y la repugnancia por la vida artificiosa de las grandes urbes y del anhelo de volver á la madre Naturaleza, donde todos creemos encontrar, quizá engañándonos, un

reposo indispensable y nuevas energías para seguir el camino de una existencia cuyo desarrollo en lo futuro nos ocultan densas nubes, y que nos fingen, cortado ó incierto, las vacilaciones dolorosas del ideal.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO